

Comunidad, ruralidad y género

Una etnografía
en el valle de Roncal

Ainara Barrón Iriarte



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea

CIP. Biblioteca Universitaria

Barrón Iriarte, Ainara

Comunidad, ruralidad y género: una etnografía en el valle de Roncal / Ainara Barrón Iriarte. – [Leioa] : Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea, Argitalpen Zerbitzua = Servicio Editorial, D.L. 2025. – 242 p. : il. ; 23 cm. – (Ciencias Sociales ; 34)

Bibliografía: p. [233]-242.

Accésit en la XI Edición del Premio Micaela Portilla a la mejor tesis sobre estudios feministas o de género

D.L.: BI 00146-2025. — ISBN: 978-84-9082-956-1.

1. Mujeres en el medio rural – Navarra.
2. Comunidad.
3. Roncal, Valle del.
4. Mujeres y antropología.

396(460.16 Roncal)

La publicación de esta obra ha sido financiada por la Dirección para la Igualdad de la UPV/EHU por haber sido distinguida en 2024 con un accésit en la XI Edición del Premio Micaela Portilla Vitoria a la mejor tesis sobre estudios feministas o de género de la UPV/EHU.

Lan honen argitalpena UPV/EHUko Berdintasunerako Zuzendaritzak finantzatu du, 2024an akzesit bat jaso baitzuen UPV/EHUko ikasketa feministei edo generokoei buruzko tesi onenaren Micaela Portilla Vitoria Sariaren XI. edizioan.

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISBN: 978-84-9082-956-1

Depósito legal/Lege gordailua: LG BI 00146-2025



*A Maribel y a Dorleta.
Y a ti Nahia, aunque ya no estés*

Índice

Introducción	13
1. Cohesión y exclusión. La <i>Comunidad</i> en las ciencias sociales y humanas	19
1.1. Comunidad y vínculos sociales.	20
1.2. La dinámica de la <i>exclusión/inclusión</i>	26
1.2.1. Estructura y antiestructura	26
1.2.2. Inmunidad y límite.	29
1.3. El cuerpo masculino de la comunidad. Perspectivas feministas para el análisis	33
2. De viejos límites y <i>nuevas</i> perspectivas para pensar lo rural y lo urbano	39
2.1. <i>Eros</i> y <i>Tanatos</i> en la antropología. Pasión y muerte de lo rural .	40
2.2. Nuevas y no tan nuevas perspectivas para pensar lo rural y lo urbano	49
2.3. Aportaciones y perspectivas feministas para el estudio de lo rural	53
3. Las comunidades de montaña del Pirineo vasco	65
3.1. Los valles como estructuras jurídico-políticas históricas	67
3.1.1. Los orígenes de la Junta General del Valle de Roncal .	70

3.2.	La vecindad: derechos y deberes	74
3.3.	La casa como elemento medular de la organización social tradicional de Euskal Herria	75
3.4.	El sistema de herencia troncal: la indivisibilidad de la casa-patrimonio y la figura del heredero único.	77
3.4.1.	La huida de las mujeres: el celibato del heredero y la crisis del sistema social	79
3.5.	El contexto de la despoblación en los valles del Pirineo navarro	81
3.6.	El Valle de Roncal hoy. Algunas pinceladas	91
4.	El cuerpo metodológico y el proceso etnográfico	95
4.1.	El punto de partida de la investigación	95
4.2.	El lugar de la investigadora en el proceso etnográfico	96
4.3.	¡Una etnografía clásica! La <i>Arcadia</i> etnográfica o el verdadero campo	99
4.3.1.	Llegar al campo o la historia de una etnografía precaria.	100
4.3.2.	Entrar en el campo. El encuentro entre los cuerpos	102
4.4.	Algunos apuntes sobre la observación participante	104
4.5.	Las entrevistas etnográficas	106
4.6.	Algunas aclaraciones sobre la escritura	108
5.	Vivencias en torno a la comunidad: significados, relaciones de género e identidades	111
5.1.	Ideales culturales en torno al género y control social	112
5.2.	Masculino, femenino y los vínculos con la comunidad	125
5.3.	Fragmentaciones: comunidad translocal y género	136
5.4.	Ganaderos, almadieros y pastores. Entre la representación cultural y la crisis	141
5.5.	Comunidad, género y deporte. Adaptaciones del espacio rural.	153
5.5.1.	Procesos de legitimación de los nuevos usos del espacio. El esquiador como metáfora contemporánea del ganadero	156
5.5.2.	Adaptaciones de la montaña y la masculinidad.	160
5.5.3.	La experiencia de las mujeres en la montaña	163
6.	Significados y experiencias en torno a lo rural.	167
6.1.	Encuentros <i>cercados</i> . La ruralidad como una forma de sociabilidad	167
6.1.1.	Protección y control.	169

ÍNDICE 11

6.1.2. Conocidas/os desconocidas/os	176
6.1.3. Sentir que no se puede elegir o elegir la soledad	180
6.1.4. Palabra y acción.....	184
6.1.5. La ficción urbana y el secreto rural.....	192
6.2. Ruralidad y movimiento	202
6.2.1. Movimiento: centro, periferias y relaciones territoriales de poder	202
6.2.2. Movimientos contradiscursivos. Traición y cambio ...	211
6.2.2.1. Movimientos sinérgicos. Trazar un nuevo mapa caminando juntas	221
Algunas consideraciones finales.....	229
Bibliografía	233

Introducción

Este libro tiene como punto de partida el éxodo rural-urbano y los procesos de despoblamiento rural. Pero especialmente está motivado por una pregunta: ¿Por qué en algunas zonas se van más mujeres que hombres?

Aun tomando en consideración los procesos de revitalización de algunos pueblos de Euskal Herria, donde el crecimiento de la población estable ha sido notable en los últimos años y, de forma general, atendiendo a las diferentes realidades de los pueblos de nuestro país (zonas rurales periurbanas, de montaña, de la llanada, de costa, con economías más o menos diversificadas, etc.), el mundo rural sigue mostrando actualmente una tendencia a la pérdida de población, especialmente de personas jóvenes. Pero sin duda, lo más significativo es el hecho de que dentro de esta tendencia se vayan más mujeres que hombres. En el caso de los valles pirenaicos, y en particular del Valle de Roncal que es donde se centra el libro, podemos observar que el predominio de las emigraciones de las mujeres sobre las de los hombres se mantiene desde los años 60, aunque la intensidad de estas ha cambiado sustancialmente. Si bien es cierto que existen diversas realidades y que no en todas las zonas rurales emigran más las mujeres que los hombres, hay que señalar que en el contexto europeo otros investigadores sociales (Whatmore, 1991; Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1991; Bourdieu, 2004; etc.) también han dado cuenta de este fenómeno y de la consiguiente masculinización y envejecimiento de estas zonas.

No pocos autores que han investigado sobre las zonas rurales —y entre ellos los que lo han hecho sobre las emigraciones— se han cen-

trado en aspectos económicos a la hora de explicar tanto la supuesta estabilidad de estos territorios como sus cambios (Chayanof, 1925; Mintz, 1996; González, 2001; etc.). Sin embargo, otras miradas han destacado que las razones económicas no tienen por qué ser las principales motivaciones a la hora de emigrar y proponen incluir en las investigaciones variables como la identidad de género o la identidad personal (Miles y Satzewich, [1990] 1992; Blach *et al.*, 1994; Pichardo, 2003). El antropólogo José Ignacio Pichardo (2003) señala que a estas variables hay que añadir las identidades sexuales. Estos aspectos han sido clave para el desarrollo de este libro. Cabe destacar que la emigración se convierte en un índice ideal para evaluar las carencias de los lugares de origen —especialmente de las relaciones de género— lejos de una imagen fija de normalización de la igualdad (López y Ramírez, 1994: 114, en Pichardo, 2003: 279). No debemos olvidar que las mujeres, no en pocas zonas rurales, siguen emigrando por encima de los hombres. Con todo, se hace necesaria la inclusión de las identidades sexuales y de género —y las relaciones de poder en las que están inmersas— dentro de las investigaciones rurales más allá del estudio de sus fenómenos migratorios. Esta postura nos permite comprender qué está sucediendo en estas localidades para que algunas mujeres —pero también subjetividades o sexualidades no normativas— pongan en marcha proyectos migratorios como alternativas a vidas más satisfactorias; además, nos da la oportunidad de ver cómo el espacio se construye y reconstruye, y sobre todo cómo se disputa y se negocia abriendo la posibilidad de un lugar más vivible e incluyente.

En la década de 1990 algunas investigadoras feministas, desde disciplinas como la antropología, comenzaron a preguntarse si las naciones tenían género (Aretxaga, 1996; Ugalde, 1996; Yuval-Davis, 1996; etc.). Junto a las propuestas poscoloniales y al calor de estudios sobre el nacionalismo, como la obra de Benedict Anderson *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del Nacionalismo* (1983), las pensadoras feministas advirtieron sobre la articulación entre la identidad nacional y el género a través del análisis de las narrativas en diferentes procesos y contextos de construcción nacional. Además del papel que el género ocupa en la construcción de las identidades nacionales, las naciones y los nacionalismos, algunas geógrafas feministas, en las dos últimas décadas, valiéndose de la noción de *embodiment* han analizado la articulación entre cuerpos y espacios, y han advertido que las prácticas discursivas, la materialidad y la espacialidad se filtran a través de los cuerpos. Estos trabajos han puesto de relieve que los territorios y los cuerpos se tejen entre sí en diferentes redes espaciales y relacionales (Nast y Pile, 1998; Little y Leyshon, 2003; etc.). Y es que

la intersección entre el lugar y el género crea no sólo subjetividad, sino materialidad de los cuerpos y de los espacios.

Hace nueve años di comienzo a un pequeño estudio para mi Trabajo de Fin de Master¹ sobre el arraigo de las mujeres en las zonas rurales de montaña. En él participaron cuatro mujeres del valle de Roncal², que después de algunos años, habían vuelto para vivir allí. Un año y medio más tarde regresé para el trabajo de campo de mi tesis doctoral³. Entre septiembre de 2016 y marzo del 2017 me fui a vivir al valle y realicé observación participante. Otra de las técnicas de investigación utilizadas fueron las entrevistas etnográficas. El objetivo fue recoger las experiencias vividas a lo largo de las diferentes etapas del ciclo vital, poniendo especial atención a elementos relativos al espacio. Siguiendo a Dorothy Smith (2005) y su desarrollo de la epistemología *del punto de vista de las mujeres (standpoint)* trabajar sobre las *experiencias*⁴ de las y los roncaleses ha supuesto hacerlo no solo sobre sus prácticas concretas, sino también sobre los discursos e ideologías, que trascienden la experiencia individual y descubren el entramado social que se extiende más allá de ellas (Smith, 2005: 10). La etnografía ha sido el método principal elegido para acercarme a la experiencia. El potencial que tiene para acercarnos a la vida cotidiana ha sido destacado por diferentes autores (Hammersley y Atkinsos, 1994: 16), precisamente porque se trabaja con la experiencia directa de los sujetos, en su contexto espacial y temporal.

El género —y su relación con el territorio— ha sido una de las categorías analíticas del trabajo. Cuando hablo de género lo hago refiriéndome a una construcción social que supone un elemento fundamental de diferenciación social, y que está en la base de las desigualdades sociales entre hombres y mujeres. Sin embargo, aunque las nociones sobre el género sean difusas y cambiantes histórica y culturalmente,

¹ El trabajo fue llevado a cabo dentro del Master de Estudios Feministas y de Género (UPV/ EHU) y llevaba por título *Mendi-gune despopulatuetan emakumeen bizitaukerak eta hertsadurak. Erronkari Ibarra aztergai* (2015). Fue dirigido por Carmen Díez Mintegui.

² El valle de Roncal, situado al noroeste de la Comunidad Foral de Navarra, lo conforman siete pueblos: Burgui, Garde, Vidángoz, Roncal, Urzainqui, Isaba y Uztárroz.

³ La tesis fue defendida en mayo de 2022 bajo la dirección de Mari Luz Esteban y Jone Miren Hernández. Y ha sido Accésit en la XI Edición del Premio Micaela Portilla Vitoria a la mejor tesis sobre estudios feministas o de género —2022—, haciendo posible la publicación de este libro

⁴ Quiero agradecer al antropólogo Jaime Altuna sus comentarios y aportaciones a este respecto. Asimismo, me gustaría señalar lo sugerente que ha sido a nivel metodológico la lectura de la etnografía sobre el amor adolescente de Irantzu Fernández que también trabaja sobre vivencias.

las creencias sobre la dicotomía sexual —sobre qué es ser hombre y qué es ser mujer— resultan ser un potente dispositivo de control social, que, además, tienen el poder de crear materialidad en los cuerpos. Es por ello que la antropóloga Mari Luz Esteban, en la línea de diferentes autoras/es, ha insistido en la idea de que el género se encarna, en tanto implica la experiencia corporal a diferentes niveles, incluyendo prácticas físicas, lingüísticas, emocionales, sensoriales, motoras, etc. (2004: 11). Aun así, desde la perspectiva que se propone, se atiende de manera especial a las resistencias que las relaciones de género dominantes comportan; a cómo los sujetos y las subjetividades dialogan entre sí, confrontan y se transforman, dentro de unas relaciones de género conflictivas. Desde otra perspectiva, pero con lugares comunes a la *encarnación*, el concepto de *hábitus* de Pierre Bourdieu también ha sido sugestivo. Así, se ha prestado atención a cómo las estructuras sociales —y dentro de ellas lo que concierne al género— se replican en la experiencia individual a través de las prácticas cotidianas, de los esquemas de pensar, de sentir y de actuar.

Para pensar sobre los vínculos entre género y territorio he partido de dos nociones: comunidad y ruralidad⁵. Ambas se proponen como construcciones sociales sobre el espacio que se articulan con el género (y otros vectores de subjetividad como la edad, la clase social, la sexualidad...) y que ordenan la realidad social. En las vivencias de las y los roncaleses, comunidad y ruralidad se descubren como dos elementos importantes que operan como categorías de pensamiento y que sostienen ciertas posturas ideológicas y relacionales.

No obstante, hay que tener en cuenta que no todos los pueblos tienen por qué tener un discurso sobre lo rural como elemento diferenciador de su pequeña comunidad. O ni siquiera tener una noción muy elaborada de la propia idea de comunidad. O, por el contrario, como en el caso de Euskal Herria o del Reino Unido, por poner dos ejemplos, la comunidad rural puede ser un elemento importante de la representación nacional trascendiendo las fronteras de lo local. Quiero decir con esto que no son nociones dadas. No existe una relación natural entre pueblo y comunidad rural. Además, lo rural y lo comunitario pueden tener más o menos relevancia en los discursos de pertenencia y en las representaciones de esos territorios. Por ello no son conceptos que pueden limitarse a las fronteras y las identidades de ciertas localidades.

⁵ Quisiera aclarar que separar comunidad y ruralidad responde a una estrategia analítica que me ha permitido pensar ambas nociones de forma separada, aunque en la experiencia de los sujetos de este libro se encuentran estrechamente relacionadas. Por ello hay que entenderlas en relación.

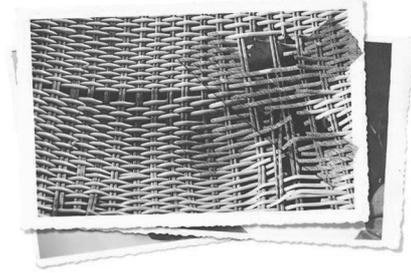
El libro está organizado en seis capítulos. Los dos primeros tienen un carácter general. En ellos se hace una revisión de la teoría social y filosófica sobre la noción de comunidad y de los vínculos sociales y recoge las que me parecen más significativas. También se hace un breve recorrido por los estudios rurales en el contexto español, y se seleccionan algunas perspectivas teóricas y metodológicas del ámbito de la sociología y también de la geografía feminista que han sido interesantes para el desarrollo de este libro. Los cuatro últimos capítulos, por su parte, se centran en el valle de Roncal. En el tercer capítulo expongo el contexto etnográfico e histórico de esta comunidad de montaña. En el cuarto capítulo se presentan algunos aspectos del proceso etnográfico que pueden resultar interesantes. Los capítulos cinco y seis, por su parte, constituyen la parte central del libro. En ellos me adentro en las *experiencias* de las mujeres y los hombres de Roncal donde se mezclan ideas sobre la comunidad, la ruralidad y el género, y se plantean algunos aspectos de su relación. Cuestiones como la representación, entre otras, ponen encima de la mesa las posiciones subalternas que aún hoy ocupan las mujeres en su comunidad. Este déficit en lo simbólico tiene su reflejo en la práctica, por ejemplo, en el acceso al trabajo con la tierra y los animales. También se tratan otros elementos que no tienen que ver con el género sino con lógicas globales sobre el espacio, como los nuevos usos del espacio rural, el deporte o la movilidad, que siendo elementos comunes en las experiencias de los habitantes de Roncal constituyen características significativas de lo rural. En la última parte hablo del trabajo político y feminista de las mujeres roncalesas. No es casualidad que cierre el libro con ese tema. Sobre todo, he querido poner de manifiesto que las transformaciones de las prácticas y de las identidades y, por consiguiente, de los lugares son más significativas y efectivas y tienen mayor efecto sobre la esfera pública cuando la experiencia se nutre de la crítica feminista.

Tampoco son contingentes las cuestiones que se abordan aquí. La vida en el pueblo y la emigración rural no son asuntos ajenos para mí. De hecho, nací (1979) y crecí en Bastida, un pueblo en el sur de Araba que en aquella época apenas llegaba a mil habitantes y del que años más tarde me marcharía. En mi primer viaje a Roncal entre el equipaje incluí un libro que había leído en el instituto, hace ya unos cuantos años, y que siempre ha venido conmigo. Rebusqué en la estantería hasta que di con él. Era *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares. Una ficción sobre el fin de Ainielle, una aldea del Pirineo aragonés hoy abandonada. Hacía mucho que no pensaba en él y aquel impulso me hizo considerar mi reincidencia en el tema. Ahí estaba yo, camino de Roncal, un valle amenazado por la incertidumbre de la continuidad

de sus pueblos. En el punto de partida de este viaje. No muy lejos de Ainielle.

Reflexiona Francisco Ferrándiz (2011) a propósito de la recurrencia del tema de la violencia en sus diferentes trabajos de investigación, que en una retrospectiva profesional de diferentes antropólogos, y a pesar de las diferencias, no sería difícil ver un lazo común en los temas dentro de la trayectoria investigadora de cada uno de ellos. Diría que en gran medida es así porque esa elección entra dentro del terreno del erotismo en su sentido más amplio.

La fuerza erótica de la que hablo es la que atrapa a la antropóloga en unos temas y no en otros. Y surge del espacio emocional donde, sin duda, convergen los deseos, pero también los miedos. En este caso se trata en muchos sentidos de un erotismo guiado por el fracaso y la privación, y también por la renuncia. Y es que siempre me he sentido una extraña en mi pueblo; un intento frustrado de existencia en un espacio al que no conseguí acomodarme del todo. Por eso con dieciocho años me marche de allí. Mi experiencia de *fracaso* como *mujer de pueblo*, aunque parezca un lugar estéril, está detrás de muchas de las preocupaciones e inquietudes de las que trata este libro. Como dice Jack Halberstam, en determinadas circunstancias, fracasar, perder, olvidar, no llegar a ser o no saber, pueden ofrecernos formas más creativas, cooperativas y sorprendentes de estar en el mundo (2018: 14) y, también, de comprenderlo. Sentirme una extraña, necesitar huir y pensar con ello que estaba traicionando algo que tiene que ver conmigo, han hecho preguntarme si acaso mi experiencia no es solo mía, y hasta qué punto son los pueblos lugares *apropiados* —y *apropiables*— para las mujeres.



Cohesión y exclusión. La comunidad en las ciencias sociales y humanas

La noción de comunidad se ha abordado en las ciencias sociales y humanas desde dos ópticas distintas, aunque relacionadas. Desde la primera perspectiva, la comunidad se fundamenta en la cohesión y se entiende como una forma de organización social integradora —que puede basarse tanto en un modelo ideal unido a la vida tradicional, como en un escenario utópico aún por venir— cuyo principio básico son la armonía y la igualdad de sus miembros. Mientras que, por otro lado, se entiende que la comunidad se organiza socialmente a través del cierre y la exclusión; es decir, en la definición de sus límites, de quién está dentro y quién fuera; en la delimitación de la *otredad*. En ocasiones, estas dos perspectivas han sido tratadas por los investigadores sociales en oposición; sin embargo, para este libro ambas posturas sobre la comunidad y la dinámica social han sido útiles.

La comunidad puede entenderse como un mosaico cuyas fronteras se están reorganizando constantemente dentro de la dinámica inclusión y exclusión. Como ha señalado la investigadora mexicana Noemí Ehrenfeld,

Comunidad puede conceptualizarse como un mosaico móvil en el cual se generan las relaciones sociales en un espacio, material o virtual, en el cual se pueden configurar grupos y subgrupos, con «percepción de pertenencia» ya sea de identidades, de poderes, de

género, de clase social, de lengua, etnia, nacionalidades, etc., que comparten al menos por un lapso, un momento histórico. La interacción de estos grupos en un corte histórico puede ser circunstancial o permanecer más y ser más duraderas. Y es en estas interacciones sociales donde se reproducen relaciones ideológicas y culturales pre-existentes en los individuos, pero también se generan nuevas relaciones que son cambiantes y se reconfiguran en el curso del tiempo y de los contextos. (Ehrenfeld, 2013: 41)

Matizaría, sin embargo, que el sentido de pertenecía a una comunidad trasciende su sentido presencial; es decir, la premisa de que sus miembros comparten un momento histórico que les permite reconocerse en común y vincularse. Y no solo porque la experiencia pasada está integrada en el presente y sus relaciones —en los discursos y en la experiencia—, como sugiere la autora, sino porque los antepasados, los que ya no están, también pueden ser considerados y reconocidos como miembros de la comunidad. De este modo, en el caso del valle de Roncal las personas de las generaciones anteriores, aunque ya no estén físicamente, son miembros importantes de la comunidad. A través del recuerdo y la evocación, y/o el homenaje de los y las que ya no están, se (re)construye el sentido de comunidad.

1.1. Comunidad y vínculos sociales

La comunidad y los vínculos sociales han sido y son una preocupación recurrente —incluso fundacional— dentro de las ciencias sociales y humanas. El concepto ha sido reinterpretado, actualizado y discutido en diversos momentos, principalmente dentro de la sociología, pero también de la antropología social, para quien la comunidad ha sido más un método comparativo que una categoría conceptual (Trapaga, 2018: 163). Con todo, a pesar de que se trata de un concepto escurridizo, multidimensional y multidireccional, repleto de tópicos y apriorismos, ha sido una noción fructífera para este libro. La comunidad constituye una categoría de pensamiento que tiene gran importancia para los sujetos; a través de ella se sitúan a sí mismos, al tiempo que organizan la realidad. Como ha señalado Pablo de Marinis, la comunidad «no sólo es un objetopreciado de la reflexión de las ciencias sociales y humanas, sino también un formato y un territorio de intervenciones estatales, y un ámbito privilegiado de construcción de sentido e identidad» (2012: 17). Y es en ese último ámbito, como vector de subjetividad y como campo de construcción de sentido de pertenecía a un grupo hu-